

Subscripción en
oda España, 5
pesetas al año.
Idem en el ex-
tranjero, 8 fr.

LOS SUCEOS

Toda la corres-
pondencia debe
dirigirse al
Apartado de Co-
rreos núm. 347.

El "Titanic" y el Senador Smith

Los ingleses están indignados. El se-
nador yanki William Alden Smith, les



El senador Smith, que tiene indigna-
dos a los ingleses por la cuestión del
"Titanic".

trae locos, y ellos se vengán como pue-
den, con el ridículo.

Con objeto de depurar responsabili-
dades, el Gobierno de los Estados Uni-
dos nombró una comisión, que también
por aquellas tierras se usa eso de las
comisiones, pero una comisión que lle-
vara sus trabajos con la mayor rapi-
dez.

Esta comisión investiga las causas
de la terrible catástrofe del colosal tra-
satlántico "Titanic", y cada uno de los
miembros en particular, tienen el en-
cargó de hacer por su cuenta su estu-
dio, preguntando a los testigos lo que
por conveniente crean para
aclarar el asunto.

El presidente de la comi-
sión es el senador Smith,
que ha despertado las iras
de los ingleses.

En primer lugar, dicen
los hijos de la blanca Al-
bión, ese encargo debe dar-
se a una comisión inglesa.

La compañía del "White
Star" es inglesa, el buque
se construyó bajo la direc-
ción de ingenieros ingleses
en arsenal de la Gran Bre-
taña, el capitán y la tripu-
lación eran ingleses, inglés
el pabellón é inglesa la ma-
trícula.

Pero los yankis siguen
en sus trece, y a pesar de
que los trámites han de ser
rapidísimos, no son tanto
como los ingleses y algu-
nos detenidos en Nueva
York lo desean.

En la misma comisión hay

sus desacuerdos. Los miembros se que-
jan de que el presidente se mete en co-
sas que no debe, y que hace mangas y
capirote, sin contar con ellos, y por
sus despóticas decisiones.

Smith, lo toma con calma, y la tripu-
lación y oficiales del "Titanic", están
detenidos en Nueva York por su culpa,
sin poder regresar a su patria.

Los ingleses por desquitarse de al-
guna manera, publican en sus periódicos
el retrato de William Alden Smith,
ridiculizándole y publicando las pre-
guntas, que dicen, hace a la tripula-
ción y a los testigos que ante él com-
parecieron.

El "Daily Mirror" nos cuenta que en
u. a. de las reuniones, el senador norte-
americano hizo las siguientes pregun-
tas:

¿De dónde vienen esos enormes tém-
panos de hielo?

¿De qué materia están formados los
"icebergs"?

¿Despiden luz estas montañas de hie-
lo?

¿Tienen forma horizontalmente ha-
cia arriba?

¿No hubiera sido posible que los pa-
sajeros se cobijaran en los compart-
mentos estancos?

48.º Fahrenheit, es una temperatu-
ra sobre cero ó bajo cero?

Y así por este estilo se burlan del se-
nador, y le ponen de ignorante y bruto,
que no hay por donde cogerle.

No debe ser tan bruto como dicen los
ingleses, y en cuanto a ignorancia,
ésta por lo menos, no le ha impedido
hacerse un nombre y una posición.

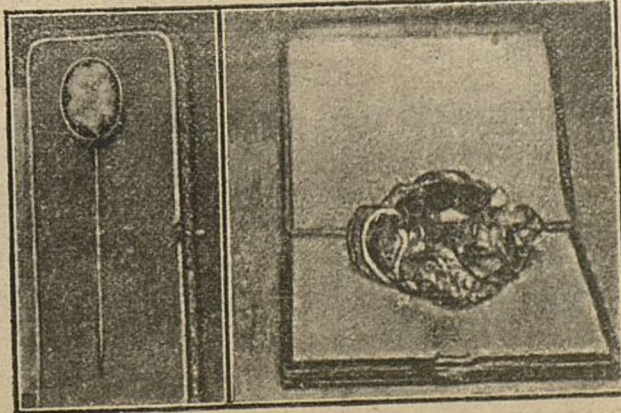
El presidente de la comisión seirato-
rial de investigación sobre el naufragio
del "Titanic", William Allen Smith
nació en Dowagiac, estado de Michi-
gan, en el año de 1859. Tiene pues el
senador, cincuenta y tres años.

De familia paupérrima, empezó su
carrera, vendiendo periódicos por las
calles, y más tarde fué repartidor de
telegramas de la compañía Western
Unión Telegraph.

Vendiendo periódicos y repartiendo
telegramas, apredió a leer esa fué toda
su escuela de primeras letras.

Estudioso, en sus ratos de ocio, em-
pezó a estudiar leyes y a fuerza de
estudio logró licenciarse en el año 1883.
abriendo bufete cerca del punto donde
nació, en Grand Rapids.

Después de haber tomado parte ac-
tiva en las luchas políticas de su país
fué elegido senador por el partido re-
publicano en Enero de 1907, para el
período de 1907 a 1913.



Broche y afiller antiguos regalados por una señora,
para las familias de las naufragos del "Titanic".

La aviadora Miss Quimb

Una americana, americana yanki ha
sido la primera aviadora que ha atra-



Miss Quimby, que ha atravesado en
aeroplano el Canal de la Mancha.

vesado en aeroplano el Canal de la
Mancha.

El 16 de Abril, esta intrépida joven
montada en su monoplano Bleriot, se
elevaba a las cinco y media entre la
bruma espesa de la costa inglesa.

Pronto desapareció entre la niebla,
poniendo rumbo hacia Francia. Su pro-
pósito era el aterrizar en Les Bara-
ques, cerca de Calais, pero la espesa
niebla le hizo perder la ruta, y sin sa-
ber por dónde iba voló sobre las costas
de Francia, entre el Cabo Gris Nez y
Boulogne, pasando sobre esta ciudad a
300 metros de altura. Se dirigió hacia
el Sur, hizo dos ó tres virajes sobre el
fuerte de Alpreck para reconocer el
camino, y al ver que se hallaba cerca
Hardelot se decidió a ate-
rizar, y a las seis y treinta
y cinco minutos, ejecu-
tando un precioso vuelo
planeado la aviadora llegó
a tierra en la playa de
Equihen, pueblecillo de
pescadores, a cuatro kiló-
metros de Hardelot.

Aunque era la primera
vez que pilotaba el apar-
to tenía confianza en el éxi-
to de su viaje. La mayor
parte de la travesía la hi-
zo a una altura de 600 me-
tros.

Miss Quimby, la aviado-
ra yanki, es una crítica de
arte y dramática de la re-
vista norteamericana "The
Leslie's Weekly"; es jo-
ven, bonita, elegante, y de-
dió cultivar la aviación al
mismo tiempo que el perio-
dismo.



Curiosa fotografía en el momento de estallar la bomba lanzada por Morral en la calle Mayor.
(Fot. de E. Mesonero Romanos.)

La fotografía en el momento crítico.

Estamos en la época de la rapidez. La fotografía, mejor dicho los reporters fotográficos, han de ser ya rapidez misma, vencer obstáculos, usar de toda clase de vehículos, hacer lo imposible para dar la nota de actualidad, la fotografía curiosa, la instantánea que nadie ha dado.

Es indudable que una fotografía obtenida en el momento crítico, dice más al público que varias columnas escritas sobre el mismo asunto.

El público en general, cuando ve los periódicos gráficos, no se da cuenta, generalmente, de los trotes, sinsabores, fatigas y hasta peligros que corre el fotógrafo para salir airoso de su empresa.

Hay fotografías curiosísimas, que parece mentira se hayan podido sacar en el crítico momento que representan.

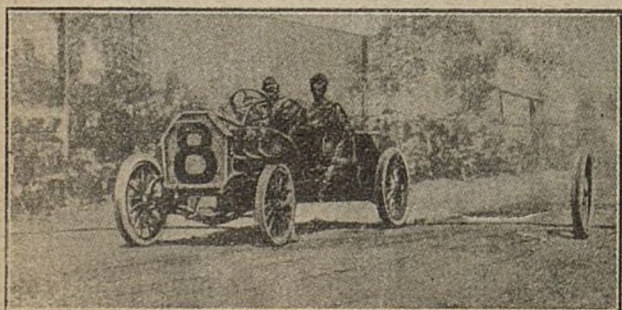


Rara posición de un jugador de balompié.

La mayor parte de las veces, estos resultados se obtienen por la actividad, por el conocimiento de la profesión, por saber aprovechar las oportunidades; muchas, también, es la casualidad la que impresiona la película.

En esta información damos algunas curiosísimas fotografías, y entre ellas, la más curiosa y que ya conocen nuestros lectores, es la obtenida por don Eugenio Mesonero Romanos en el momento de estallar la bomba arrojada por Morral al paso de la regia comitiva, cuando los reyes regresaban a Palacio, después de celebrada la boda en los Jerónimos.

La fotografía llamó la atención de curiosos, aficionados y profesionales, y dió la vuelta al mundo, siendo publicada por todos los principales periódicos del orbe.



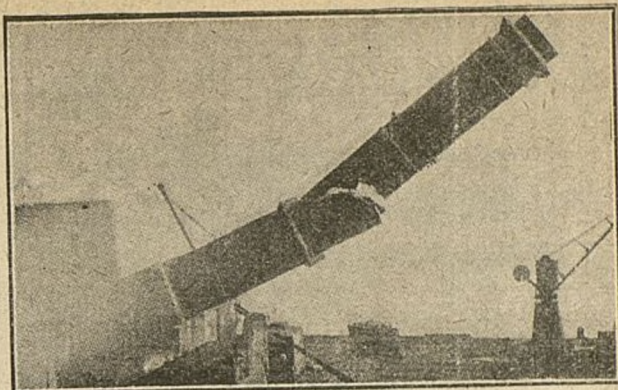
Neumático rodando junto al auto.



Terrible caída de un mat cocido.



La muerte de Pola y de Lafont en aeroplano.



Momento crítico de derrumbarse una chimenea.

No deja de ser verdaderamente curiosa la fotografía del automóvil.

En una carrera de autos, en el momento en que el vehículo llegaba a la meta, se desprendió de la rueda uno de los neumáticos, y siguió rodando un rato al lado del coche.

Si el motociclista que reproduce por el aire nuestro grabado, no fué lo suficientemente hábil para dar la vuelta en la pista, el fotógrafo supo aprovechar el momento crítico para impresionar la interesante placa.

¿Quién diría que la posición del jugador de balompié es una posición tomada del natural? En el mismo momento en que el jugador se lanza sobre el pelotón, el objetivo del fotógrafo le ha sorprendido casi en el aire.

Algunos de nuestros lectores recordarán el duelo en el que midieron sus fuerzas y dirimieron una cuestión los conocidos esgrimistas Mr. de Montesquiou y Mr. Breittmayer. En uno de los ataques, el Sr. de Montesquiou pinchó en el cuello a su adversario, y el reportér supo hacer la curiosa instantánea, en la cual se ve al herido encogerse nerviosamente por el dolor del pinchazo.

El bobsleigh es uno de los deportes que más aficionados tiene en invierno, y obedece á que, además del placer y de la sensación al resbalar vertiginosamente sobre la nieve, no tiene nada de peligroso, pues las caídas son en blando. Damos una fotografía en que la cámara obscura ha sorprendido al bobsleigh en el aire, en el crítico momento de hacer mal un viraje y salir despedidos del trineo los tripulantes. La casualidad, la ligereza quizá del operador, ha sido premiada con esta interesantísima fotografía.

No lo es menos, por cierto, la que reproducimos en otro lugar.

Un aeroplano en el que volaban Pola y Lafont, se había elevado majestuoso y navegaba por el espacio.

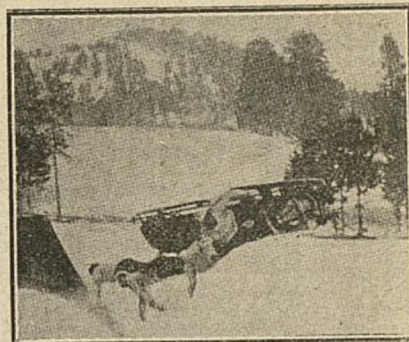
De repente se le ve estallar en pedruzcos, se inclina de popa y cae vertiginosamente contra el suelo. Los dos aviadores encontraron la muerte en la fatal caída. La fotografía ha cogido el momento de la explosión, cuando se inclina para caer. Esta fotografía es sin duda, la única en su género.

Hay, además, infinidad de fotografías reproduciendo escenas en extremo interesantes; tales son una tomada en la rada de Tolón, en el mismísimo momento en que se produjo la tremenda explosión del acorazado francés "Iena".

Por una gran casualidad el fotógrafo que en aquel mismo momento tomaba una vista del puerto coincidió con

la explosión, obteniendo una curiosísima placa.

No faltan muy lindas fotografías de fuegos artificiales, y para obtenerlas es necesario, además de una gran dosis de paciencia, una buena suerte, factor importantísimo en todos los actos de la vida. Las explosiones de torpedos y minas submarinas, también han suministrado curiosos asuntos para esta clase de informaciones, ha-



Un bobsleigh en el aire

biéndose logrado impresionar placas que son una verdadera maravilla.

Los deportes, las carreras de caballos, también han dado importantes asuntos, y de no menos interés algunos naufragios, tales como el del "Frogner", del cual un fotógrafo tuvo la suerte de sacar una fotografía en el mismo momento en que desaparecía bajo las aguas.

Citaremos, por último, una maravillosa fotografía del volcán Etna en erupción. El fotógrafo estuvo durante tres días y medio impresionando cintas cinematográficas de la erupción, á una distancia de cuatro metros del

cráter, exponiendo su vida, envuelto en cenizas y gases que llevaban la muerte, expuesto á que una roca en fuego le aplastara. Las fotografías obtenidas por el temerario operador, á la par que interesan causan pavor.

Innumerables son las fotografías por el estilo, verdadero alarde de intrepidez, de actividad ó de casualidad.

El reporter fotográfico tiene que estar dispuesto á todo, siempre dispuesto, sin poder disponer con seguridad de un solo momento.

Para que se vea el trabajo de estos artistas, y á lo que tienen que estar dispuestos, relatemos una curiosa anécdota.

Acababa de estallar la guerra ruso-japonesa, y todos los periódicos de importancia se preparaban para enviar al teatro de la guerra reporters y fotógrafos.

En la redacción de uno de los periódicos de mayor circulación de Londres, se hallaba el director en su despacho.

Después de haber recorrido con la vista un montón de telegramas, sonó el timbre y se presentó un ordenanza.

—¿Qué desea el señor?—preguntó.

—Avisé á los dos primeros fotógrafos que estén en la casa, y que vengán inmediatamente—dijo el director.

A los pocos momentos, dos reporters fotógrafos se presentaban en el despacho del director.

Los fotógrafos conocían muy bien su arte, pero no habían tenido nunca ocasión de demostrar sus dotes reporteriles.

El director, sacando un mapa de la Siberia, señaló con el dedo el teatro de la guerra, y dijo solamente estas palabras:

—Vayan ustedes aquí. Partan inmediatamente.

Uno de ellos, sin replicar, giró sobre sus talones y salió escapado; el otro, menos decidido, formuló una pregunta:

—¿Tiene usted algo que decirme antes de emprender el viaje, algo que me sirva de guía?

—Sí—, contestó el director—. Que ya no me sirve usted. Váyase al laboratorio. No quiero reporters que me hagan preguntas.

El inmediatamente nombró otro fotógrafo en su lugar.

La anécdota es cierta, y aunque nos parece un poco exagerada la manera de obviar del director, sirve para indicar que la actividad, el adelantarse á los otros, el no perder un momento, el aprovechar el momento crítico, son factores importantísimos para la información gráfica.



Instantánea del duelo Breittmayer-Montesquiou.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA EN BROMA

"Iceberg" hasta en la sopa.

Desde la catástrofe del "Titanic", por culpa de un "iceberg", estoy vien-



do catástrofes é "icebergs" por todas partes.

Claro es que lo mismo podía ver ladrones desde la tragedia de Bonnot, ó "Duen-des de la Colegiata" desde que «te nos impresiona fatal y asiduamente con dos ó tres retratos suyos.

Pero, ¿qué son estas emociones de "apaches" ni los retratos del "Duen-de" junto á la sentida ante el naufragio de un barco lleno de millonarios, estrellado contra un "iceberg"?

Por eso, desde ese día infausto, yo no veo más que "icebergs" por todas partes, por mar y por tierra, en casa y en la calle, en la vida privada y en la vida pública, en la prensa y en el teatro, en los asuntos propios y en los asuntos ajenos... Hasta me parece verlos en la sopa. Pero luego resulta que, lo que me pareció un "iceberg", es un garbanzo mal cocido.

Para esta obsesión hay un motivo racional. Hay un fundamento filosófico, como para todas las cosas que ocurren en la vida. Para mí, la existencia es un mar... ¡un mar de líos y de disgustos!

En ese mar, como en los mares inmediatos al Polo, hay constantemente témpanos de hielo que se desprenden de la masa general y de todo sentimiento noble, y flotan al azar, dispuestos á entorpecer la marcha del pobre navegante, y á estrellarle, si es precioso.

¡Eso no me lo negarán ustedes!... Cuando el que navega es un atún, no ocurre nada. El "iceberg" no ofrece peligros para los atunes, ni para los peces, ni para los congresos.

Pero, en cambio, para los peces gordos, como los millonarios, banqueros, políticos, hombres de negocios, bolsistas, gobernadores de provincia, embajadores, generales de ejército, etc., etcétera, los bancos de hielo, como los bancos de crédito, tienen sus quiebras.

En estos momentos yo veo aparecer "iceberg" por doquiera que miro.

Miro, por ejemplo, hacia mi casa, y veo aparecer el "iceberg" del casero. Inmensa mole de hielo que no hay quién la derribe.

Miro, por el contrario, hacia la casa de una vecina muy guapa, y veo surgir en seguida el "iceberg" del marido, que me corta el paso y la respiración.

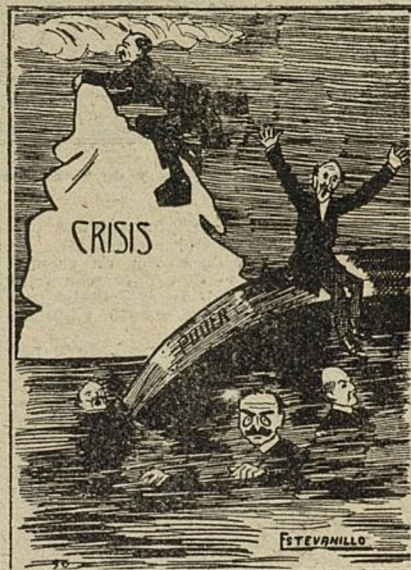
Vuelvo la vista hacia la casa del Ayuntamiento, que es la casa de todos (por más que digan todos que es la casa de Tócame-Roque), y allí veo flotar una de "icebergs" que espanta.

Dirijo la vista hacia la política, y no hay que decirles á ustedes cómo está de esas cosas el revuelto mar de la situación canalejista. Los "icebergs" les salen al paso á los ministros, unos en forma de presupuestos, otros en

forma de debate político, otros en forma de interpelación, otros sin guardar siquiera las formas...

Le digo á usted, lector, que no sé cómo vamos á salir de esta penosa travesía por el mar de nuestras desventuras patrias, y con Romanones á bordo.

Por otro lado, el "iceberg" de Francia y el "iceberg" de Melilla, y, lo que es más grave, el "iceberg" del partido conservador, que quiere el poder... ¡Lagarto, lagarto!



¡Nada! ¡La fin del mundo!

Al paso que vamos, la catástrofe del "Titanic" va á ser tortas y pan pintado al lado de la que le aguarda á España.

Y en esta no se salvan ni las mujeres. ¡Pobrecitas mías!

Pero no será por falta de botes, porque menudo va á ser el que vamos á dar todos.

F. ROIG BATALLER

¡ESA MODA, NO!

He visto ya las modas de primavera, las que el París mundano ya nos prepara, y te digo, lectora zaragatera, que no he visto en mi vida cosa más rara.

He visto verdaderas enormidades; vestidos tan ridículos como grotescos, que, si por fin los llevan ciertas beldades, te digo, amigo mío, ¡que estamos frescos!...

Vuelven los drapeados y los fruncidos, combinados con arte que desespera, porque bajo los pliegues de esos vestidos, se eclipsa la figura más hechicera.

Acostumbrado el hombre desde hace meses á las faldas ceñidas y sin bullones, echará muy de menos las "entreveses", que permiten ver muchas "ondulaciones".

No verá á las señoras de ricos bustos dibujando en la calle

contornos bellos, á través de vestidos que, por lo justos, ¡era ya casi como



Rafael Poveda Gómez, Interventor del Banco de Cartagena, en Alicante que hace pocos días desapareció de dicha capital, llevándose consigo 175.000 pesetas. (Fot. Bosch.)

verlas sin ellos! Indignado protesto de tales modas. ¡Me parecen muy feas, te lo anticipo!... ¡Cuánto más hechiceras no estáis hoy todas, con esa falda justa, que quita el hipo!...

Dejaros de fruncidos y de bullones. ¡No admitáis esa moda, que es regresiva!... Tras la "entrevée", lectora, los pantalones, y en rompiéndose éstos, ¡la carne viva!

El volver al pasado resulta necio. Es una cobardía y es un oprobio... ¡Os lo encarezco mucho, porque os aprecio! ¡Mirad que de otra forma no sacáis novio!...

¡No ocultéis los perfiles, por Dios bendito!... ¡No veléis vuestras líneas esculturales!... ¡Tiene tantos encantos, cuando es bonito, cualesquiera de vuestros cuerpos juncales!...

Dejaros de fruncidos y de bullones, porque perdéis el tiempo de esa manera... ¡Tras la "entrevée", lectora, los pantalones, y en rompiéndose éstos... ¡lo que Dios quiera!...

P. GRACO



En busca de marido.

Después que el feminismo le hubo dado mil sustos
Decepciones y juicios, trastornos y disgustos,
Se retiró á su casa pensando descansar,
Retirada del mundo de tanto trajinar.

Mas como no contaba nuestra linda viudita
Con la huésped, ó sea con extraña visita,
Presentósele un día muy bien recomendado
Un violinista ruso, cien mil veces laureado.

Al ver á la viudita el joven violinista,
De rodillas cayó ante ella, y su alma artista
Explotó á borbotones; se había enamorado
De tanta gentileza y decía arrobado:

Yo te amo, yo te adoro, eres el alma mía
Soy pobre, nada puedo ofrecerte en el día
Pero yo ganaré dinero en adelante
Que será para ti, si me esperas amante.

Decidióse la viuda á ser su protectora
Y un concierto en su casa organizó en mal hora;
El joven violinista tocó admirablemente,
Fué el encanto, el delirio, de toda aquella gente.

Las mujeres estaban que parecían locas,
¡Qué de aplausos! Mil besos lanzaban de sus bocas;
En derredor del joven se agrupaban febriles;
Parabienes, lisonjas, le mandaban á miles.

La viuda al ver al joven por ellas secuestrado,
No pudiendo acercarse, discreta se hizo á un lado;
Pero al amanecer del subsiguiente día
En una carta al músico lo que sigue decía:

"Necesitáis del mundo para haceros famoso,
Idos á recorrerlo y seréis venturoso
Yo compraré un fonógrafo; eso me bastará
Y sólo para mí su música será."

FIERB



EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"



Miss Morse sacudió la cabeza repetidas veces, y replicó:

—Aunque fuéramos muy amigos, jamás me lo diría. Es demasiado vivo.

—¿Quién sabe, quién sabe! Algunas veces los hombres y, sobre todo, los orientales, que miran á la mujer como inferior y no la creen capaz de esas cosas, se dejan ir de la lengua, sin sospechar que pueda haber peligro hablando de esos asuntos con las mujeres, á quienes á lo mejor confían cosas que jamás se las dirían al mejor amigo. Claro es que no te lo dirá todo; pero te puede dejar ver lo que piensa.

—Sí; pero se va muy pronto—dijo Penélope.

—Por eso precisamente, te he mandado llamar corriendo. Esta noche le verás en el palacio de Davenham.

—Pero habrá mucha gente, y allí no me ha de hablar con confianza.

El Embajador se puso de pie.

—De todas maneras corramos al albur, y acuérdate que después de mí tú eres la persona que más sabe de este asunto, y el príncipe no puede imaginarse semejante cosa. Una palabra, una observación, pueden inducirnos mucho.

Penélope se despidió.

—Haré todo lo que pueda—dijo—. Saludos á la Embajadora; no me puedo detener, pues tengo que hacer otra visita.

El diplomático la acompañó hasta la puerta.

—Tengo confianza en ti; á ver cómo te portas.

—Haré todo lo que esté en mi poder; pero me parece que no conoce usted muy bien al príncipe Maiyo. Adiós.

XIII

Un baile en el palacio de Davenham.

El perfume de miles de flores y los acordes de una magnífica orquesta llenaba los salones del soberbio palacio de los duques de Davenham. Multitud de lámparas, arcos voltaicos y bombillas en profusión, en el techo, en los rincones, en cada maceta de flor, á lo largo de los frisos, entre las fuentes y surtidores de vestíbulos é invernaderos daban á las vastas estancias del palacio una claridad deslumbradora. Con las melodiosas notas de la orquesta se mezclaban sonoras y juveniles carcajadas, murmullo de voces, el fru fru de la seda al crujir y el ruido rítmico de los pies al resbalar por el lustrado suelo.

Penélope y Sir Charles estaban sentados en un rincón del salón de baile. Ella elegantísima, un poco sofocada, estaba encantadora, y lo sabía. Sin embargo, estaba un tan-

to distraída como si no le interesara mucho aquella espléndida fiesta.

—¿Que alegre está todo el mundo esta noche!—observó el barón—. ¿Que elegantes están las señoras y qué variedad de uniformes en los hombres!

—Supongo—replicó Miss Morse—el príncipe podrá filosofar un poco en medio de escena tan animada después de los honores de estos últimos días. Después de pasar por lo que hemos pasado nos encontramos ahora bailando y divirtiéndonos, bebiendo champagne, cenando, respirando exquisitos aromas, oyendo deliciosa música sin ocuparnos del mundo exterior.

El barón frunció el entrecejo y exclamó:

—¿Y dale con el príncipe! parece, Penélope, que no piensa usted en otra cosa.

—Pues claro. Estar rodeada de tanta persona agradable y ver que hay uno tan antipático ya es para pensar en él.

—Quisiera saber hasta donde llega su antipatía por el príncipe, amiga Penélope.

Miró al barón con una mirada misteriosa y le contestó:

—Crea usted que algunas veces yo también me hago esa pregunta.

—Dejando el príncipe á un lado—continuó el barón—, lo que usted dice es verdad. Hace pocos días estaba usted mareada por la policía y la justicia y recuerdo que la última vez que vi al pobre Vanderpole, me habló con entusiasmo de este baile. ¡Lo que son las cosas!

—Cuando pienso en ello, me parece que somos unos desalmados viniendo á esta fiesta, pero después de todo ¿qué? el baile se hubiera dado con ó sin nosotros. Nuestra ausencia hubiera pasado desapercibida y, sin embargo... En la vida hay crueldades que no se explican.

—Todo eso es verdad—replicó Sir Charles—, pero qué le vamos á hacer. Deploro, siento muchísimo la muerte del pobre Dick; pero no es cosa de rasgar las vestiduras y llenarse la cabeza de ceniza. Hay que tomar las cosas como vienen, en este pícaro mundo. ¿Qué, damos otra vueltecita?

—Espere usted que se aclare el salón un poco; mientras tanto cuénteme lo que ha hecho hoy.

—Poco más ó menos lo de siempre. Me he levantado á las nueve, he jugado al polo toda la mañana y almorzado en el campo; me he cambiado de ropa, he visto al sastre, he estado en el círculo, he jugado al billar y eso es todo.

—¿Todo?—preguntó Penélope.

—Casi todo; he cenado con varios amigos y hemos ido al teatro des-

pués. Por cierto que la obra es preciosa. Queda usted invitada. ¿Acepta usted?

—Ya veremos—contestó Miss Morse— vamos á dar una vuelta.

Pasaron del brazo por el gran salón de baile, y se dirigieron á saludar á la duquesa de Davenham, que en uno de los extremos recibía á los invitados.

Penélope, al acercarse y ver á uno de lo que con ella hablaron, se paró de repente.

—¿El príncipe—exclamó. El barón dijo algo al oído de la joven.

—Quisiera saber con quién baila—dijo Penélope.

—Lo averiguaremos si le place, mi querida amiga.

De repente quedó como distraída, casi sin darse cuenta de lo que decía.

Al cabo de unos instantes dijo á su pareja:

—Vamos á descansar, me siento mareada.

Pasaron al invernadero y se sentaron al lado de un surtidor.

—Penélope—le dijo el barón de Somerfield—no quisiera que me crea usted celoso; pero sí no le ocultaré que he notado lo mucho que en poco tiempo ha cambiado usted para conmigo.

—He cambiado para todos en estos últimos tiempos, ya lo sé; pero nada de particular hacia usted, que yo me dé cuenta.

—Tenía entendido—continuó diciendo Somerfield—que los americanos tenían odio á las razas asiáticas.

Penélope le miró con fijeza, casi duramente, y le dijo:

—Así es, en efecto, ¿por qué lo dice usted?

—Porque parece que usted no participa de ese odio.

—Sí que participo, aunque con ciertas excepciones.

—El príncipe Maiyo una de ellas—dijo el barón amargamente.—Y, sin embargo, hace quince días cualquiera hubiera dicho que le odiaba usted.

—Y le odio, porque sí, porque le aborrezco, porque quiero aborrecerle, porque él lo merece, y tengo para ello más motivos de lo que usted se figura.

—¿Pues qué le ha hecho?

—Hacerme, nada, ni se hubiera á nada atrevido; al contrario. Sus maneras son hasta exageradas, enigmáticas, por eso y por otras cosas le odio—contestó Penélope.

La puerta del invernadero se abrió y un grupo de gente alegre y vocinglera penetró. Una de las parejas la formaban la duquesa en persona, apoyada en el brazo del príncipe Maiyo.

Se pararon á hablar con ellos, y el príncipe alargó la mano, pidiendo el carnet de Miss Morse.

¿Me concederá usted algún baile, señorita?—preguntó el príncipe—Muy tarde he venido; pero bien sabe Dios que no ha sido por mi culpa.

Penélope entregó el programa al príncipe, diciendo:

—Los que tienen una X los tengo libres; elija usted.

El príncipe puso su nombre en cuatro de los bailes libres.

—El número diez es nuestro próximo; es decir, después del próximo. ¿La encontraré á usted aquí?

—Aquí, ó por aquí—replicó Penélope.

—Parece que le gusta á usted Miss Morse—preguntó la duquesa al príncipe.

—Mucho, duquesa. Es bonita, muy natural, tiene mucha gracia, mucho donaire, ángel, en una palabra.

—Estoy de acuerdo con usted, príncipe, y yo que la conozco bien, puedo asegurárselo. Su tía, con quien vive, está medio inválida, por eso se pasa la vida conmigo. Su madre y yo somos hermanastras.

Tendrá deseos de casarse. No lo cree usted, duquesa.

—Hombre, me parece que sí; pero no creo que se case con Sir Charles. Ese está descontento.

—Sería un hombre digno de envidia, si consiguiera el amor de Penélope—dijo el japonés.

Apenas la duquesa y el príncipe se habían alejado dos pasos cuando el barón dijo un tanto amoscado:

—¿Cómo es que le ha concedido usted cuatro bailes al príncipe?

—No lo sé; creo que si se apunta en ocho, me hubiera llamado igualmente.

Somerfield se levantó, y ofreciendo el brazo á la americana, le dijo: ..

—¿Quiere usted que la lleve al lado de su tía?

—No; prefiero quedarme donde estamos; mi tía está muy bien sin mí. El barón se sentó molesto.

—¿Quiere usted explicarme lo que esto significa?

—¿Y quiere usted decirme lo que quiere decir al preguntarme eso? Me parece que no tiene usted derecho á hacerme esas preguntas.

—¡Ojalá lo tuviera!—contestó el barón.

Hubo un momento de silencio, al



cabo del cual Somerfield exclamó muy bajito:

—Penélope!

—No siga usted—le interrumpió la americana—no siga usted, ni una palabra más por el momento.

—¡Es que llevo tanto tiempo esperando!

—Pues ahora debe usted esperar hasta que llegue el momento oportuno. Tenga un poquillo más de paciencia. Dentro de poco tiempo podrá usted decirme todo lo que guste.

—¿Se conforma usted con eso?

—Sí—contestó secamente el barón.

—Bueno, pues entonces, deme el brazo. Este baile lo tengo comprometido con el capitán Welcott.

A los primeros acordes de la siguiente pieza, el príncipe fué á buscarla al invieradero. El barón, que de nuevo se había reunido con Penélope desapareció en cuanto vió entrar al japonés. Se acercó rápido, con paso impetuoso, paso muy poco inglés. Tenía que atravesar el salón, y Miss Morse tuvo tiempo de observarla. Las comisuras de sus labios se encontraban ligeramente dibujando un esbozo de sonrisa, sus ojos brillaban con la mirada del que va á conseguir su deseo. Esbelto, fino, bien formado, tenía un sello marcadamente aristocrático. Adelantaba con la vista fija en Penélope.

—Mi querida señorita—dijo al llegar, haciendo una profunda reverencia. Vengo á pedir á usted perdón humildemente, porque voy á robar á usted varios ratos de placer. Me he apuntado para cuatro bailes, y no se bailar.

—Penélope se corrió á un lado, haciendo sitio, y el príncipe se sentó junto á ella.

—Pues no le importe á usted. Yo estoy cansada de bailar noche tras noche. Así es que charlaremos.

—Charlar ó callar—replicó él en voz muy queda. Me parece que necesita usted un poco de silencio. Cuando dos personas están juntas y calladas, no deja de ser una prueba de amistad. ¿No le parece?

—No sé lo que contestar después de lo mucho que he sufrido últimamente.

—Sí, por cierto, y ha sufrido usted sin necesidad. No estoy conforme con las leyes europeas. ¡Eso de ir á la Audiencia á declarar una se-

A LOS FOTOGRAFOS

Certamen de Caras bonitas.

A nuestros corresponsales artísticos y á todos los que hacen fotografías en España, sean profesionales ó aficionados.

Este periódico ha decidido publicar en las portadas de todos sus números caras bonitas, pero no fantásticas, procedentes de dibujos, cuadros ó postales extranjeras, sino caras auténticas de muchachas españolas, pobres ó ricas, sean de ciudad ó de pueblo; basta que sean jóvenes y guapas, pues nuestro propósito es rendir

un homenaje de admiración á la belleza de la mujer, sin distinción de clases.

Claro está que en este certamen, cuya finalidad será formar el álbum de las bellezas españolas, no entran las artistas, ni mucho menos pueden entrar esas mujeres que con el nombre de cupletistas ó bailarinas, ocultan su verdadero oficio. Esas, que se vayan á otros periódicos.

Para lograr nuestros deseos, hemos pensado que el mejor procedimiento es que los fotógrafos nos manden la fotografía que crean merecedora de figurar en este certamen, en una ampliación proporcionada al modelo que hoy publicamos, ó de no ser esto posible, en placa de 18 por 24 v SOLO DE LA CARA.

Con cada prueba ó placa vendrá el nombre de la interesada y el del fotógrafo, al cual dejamos íntegra la responsabilidad de cualquier recla-

mación que hubiera por la publicación de la fotografía.

Queda á nuestra libre elección el publicar la que más nos guste ó este en mejores condiciones de ser reproducida. Y por cada una que publiquemos abonaremos al fotógrafo que nos la envíe

25 PESETAS

Aunque no se trata de un concurso con premios para la más guapa, que-remos dedicar algún obsequio á todas, absolutamente á todas las señoritas cuya cara publiquemos, pero dejando á su elección lo que más les agrade, entre mil cosas de las que vendan las casas más acreditadas de Madrid, como, por ejemplo, relojes sombrillas, pulseras, cadenas, abanicos, blusas, etc. etc. De todo ello publicaremos en el número que viene una lista para que las interesadas elijan el objeto que más les guste, el cual le será enviado completamente gratis.

COSAS RARAS Y NUEVAS

Las mujeres persas son mucho más frívolas que sus compañeras de



LA RELIGION EN PERSIA

los otros países mahometanos. Son muy poco caseras, siempre andan por las calles, las plazas, los jardines, siempre evitando estar bajo techado, tan es así, que la palabra hogar, casa, no existe en su vocabulario.

Las mujeres persas de la clase baja, tanto en el campo como en la ciudad, tienen que trabajar á la fuerza como en todo el mundo, pero las clases acomodadas se pasan la vida desde la mañana á la noche, fumando, bebiendo té, comiendo dulces y chismorreando.

Nuestra fotografía representa las mujeres de un harem, sentadas en un jardín y escuchando el sermón de un sabio musulmán.

En un concurso de mecanógrafos celebrado en París, en el café Verón, el mecanógrafo de la Compañía de Navegación Fluvial, Mr. Legris llegó á escribir 203 palabras en un minuto.

Cuando se clava una espina de pescado en la garganta, el mejor remedio es partir un limón y tragar su zumo poco á poco. El ácido cítrico disolverá la espina y el alivio es inmediato.

Todos los países orientales son aficionados á las pelar de gallos.

PELEAS DE PERDICES

Los indios, chinos y filipinos, miman más á un buen gallo de pelea que á la más bonita de sus mujeres. En el Indostán, además de

esas peleas, tienen también la diversión de las luchas de perdices,



animal tan fiero como el gallo, y que como éste suele pelear hasta la muerte.

Es muy corriente ver en las poblaciones de la India, jaulas de junco encerrando preciosos ejemplares de perdiz, colgando de balcones y ventanas. Nuestro dibujo reproduce algunas escenas motivadas por la cría y pelea de perdices.

P-A-S-A-T-I-E-M-P-O-S

PROTESIS URTOSA

P R

Heriberto Vega Pol.

Anteponiendo una
CIFRA ROMANA
al nombre de un
RIO DE HUESCA
resultará cabal el nombre de
CIERTA FRUTACOMESTIBLE

SOLUCIONES

á los

pasatiempos publicados en el número anterior:

Al Jeroglífico:

TER-MI-NO MEDIO: TERMINO MEDIO.

Al Acertijo:

FA M E L I C O: FAMELICO

Al Comprímido:

RE L O J E R O S: RELOJEROS

De Confitería:

EM PA N A D A: EMPANADA.

SOLUCIONISTAS

Han enviado soluciones á los pasatiempos publicados en números anteriores, los señores siguientes:

D. Jaime Selva Amorós, de Elche; D. Benito Vallés Torres, de Barcelona; D. José Cortés Villalba, de Madrid; Doña Ramona Pascual Cuenca, de Elche; D. Vicente Loma Tonent, de Valencia; D. J. Ignacio Arteaga, de Bilbao; D. Cándido Doval Suárez, de Sevilla; D. Maximino Valdés Smith, de Habana.

¡FRACASADOS! Si no llegáis á realizar vuestra ambición, antes de daros por vencidos leed el estudio que manda gratis con catálogo de libros, N. IVANOF. Boite, 249. Paris.

A todos los Anunciantes y al público en general le conviene **LOS SUCESOS** porque es el periódico que alcanza mayor circulación entre los semanarios ilustrados.